

COLECCIÓN ARIEL

RODOLFO BAUMBACH

CUENTOS DE VERANO



20 ctms.

Establecimiento Tipográfico de Avelino Alsina
SAN JOSE DE COSTA RICA

1911

Colección ARIEL

Epitomes de Literatura Internacional, Antigua y Moderna.

BIOGRAFÍA, CUENTOS Y VERSOS, VIAJES,
ORATORIA, CIENCIA RECREATIVA, LITE-
RATURA INFANTIL, HIGIENE, EDUCA-
CIÓN, TEATRO, GEOGRAFÍA, HISTORIA,
NOVELAS, INSTRUCCIÓN CÍVICA, ETC.

Se publica en San José de Costa Rica. A. C.

PUBLICADOS

	<u>Céntimos</u>
Fragmentos de un Diario Intimo , de Federico Amiel	0.20
Prosa (<i>Cuentos y Crónicas</i>), de Manuel Gutiérrez Nájera	0.20
Tolstoi Intimo (<i>Recuerdos, relatos, conversaciones</i>), de Sergio Persky	0.40
Poemas Escogidos , de Isaías Gamboa.	0.40
El Hombre y la Tierra (<i>Estractos: 1ª serie</i>), de Eliseo Reclus	0.20
El canto de las horas (<i>Estudio sobre la Belleza</i>), de R. Brenes Mesén	0.25
Rincón de los Niños (<i>Lecturas infantiles</i>), de varios autores	0.25
El Secreto de oro (<i>Estudios literarios é históricos</i>), de A. Zambrana	0.50
Cuentos de Verano de R. Baumbach ...	0.20

Los pedidos se hacen al Editor

APARTADO 533

SAN JOSE, COSTA RICA

COLECCIÓN ARIEL

Epítomes de Literatura Internacional, Antigua y Moderna.

12

RODOLFO BAUMBACH

CUENTOS DE VERANO

*Traducidos del alemán por JAJALJIT*¹

CONTENIDO

	<u>PÁG.</u>
Ranúnculus	3
La cerradura de acero	13
El árbol de oro	26
Los diablillos en las praderas del cielo ...	34
Gertrudis en el bosque	39
La Reina de las Víboras	45

¹ Con este nombre suscribe sus artículos literarios el doctor en medicina don Francisco E. Fonseca. Nuestro amigo traduce ahora en gran parte la obra original alemana, titulada *Sommermärchen* (Cuentos de Verano) un vol., Leipzig, 1888.



RODOLFO BAUMBACH

Autor y poeta alemán

Nació en Kanitchfeld, en 1840; hizo buenos estudios de ciencias naturales y viajó por Austria, Italia y Grecia. Ha sido Profesor en varias ciudades austriacas y ha publicado, entre otras obras, las siguientes: *Samelhilfe* (Jena, 1867), recuerdos de un viejo estudiante; *Canciones de un compañero de viaje* («Lieder eines fahrenden gesellen», Leipzig, 1878 y 1880); *Cuentos de verano* («Sommermärchen», Leipzig, 1881); *Relatos y Leyendas* («Erzaehlungen und Maerchen», Leipzig, 1885).

Ranúnculus

Había una vez un joven maestro, tan sabio y tan instruído, á pesar de sus pocos años, que los mismos siete sabios de la Grecia,¹ si hubieran abandonado el mundo en que habitan para venir á discutir con él, se habrían quedado como se quedaban los muchachos de su escuela ante sus conocimientos.

Una hermosa mañana de primavera, dicho maestro salió de paseo para escuchar cómo crecía el césped, en lo que era entendido; y como estábamos en pleno mayo, se puso á admirar de qué modo esas hadas del aire que se llaman mariposas dejaban sus polvillos de oro en el cáliz de las flores y á oír cómo los grillos en las yerbas, los pájaros en las ramas de los árboles, y las ranas en el riachuelo, entonaban en coro la eterna canción, el canto de las nupcias. Se acordó entonces de su tierra nativa, que había abandonado desde muchos años antes para seguir la carrera del magisterio. Por su mente cruzaron el talle esbelto y los ojos

¹ Vivieron estos siete griegos ilustres, seis siglos antes de Cristo y se ocupaban sobre todo de filosofía y política.

negros como el azabache de su novia, una chiquilla que lo quería con toda el alma.

Al otro día el maestro tomó su cayado y su equipaje y con el corazón henchido de regocijo, partió para su aldea.

Al cabo de tres días de buen caminar, divisó por entre los floridos cerezos, las azules pizarras que cubren los techos de su terruño natal, mientras que el viento le traía á sus oídos el alegre repicar de las campanas.

«Si me reconocerá?» se preguntó. «Difícilmente, y aun me costará á mí mismo reconocer á la niña que dejé hace ya tanto tiempo y la cual tiene hoy dieciocho primaveras. Pero aquellos sus ojillos negros no se me olvidan jamás y me harán encontrarla. Si por acaso la veo sentada en su butaca, junto á la ventana, entro á saludarla, y... y todo lo demás vendrá por sí solo.»

Contento el maestro, arrojó su sombrero al aire y una exclamación de alegría salió de sus labios. Temeroso de que lo hubieran oído, miró en torno suyo por si hallaba á alguien que hubiera sido testigo de sus goces humildes, pero salvo un ratoncillo silvestre que corrió presuroso á esconderse en su agujero, no distinguió á nadie en la vecindad.

Con el corazón que no le cabía en el pecho de contento, caminaba el pobre maestro por las callejuelas de su pueblo. El repique de las campanas había cesado y en su lugar se oía una alegre música campestre.

Unos novios acompañados de su séquito venían por la calle principal.

El novio, un joven y gallardo aldeano, parecía orgulloso del paso que acababa de dar, como si á su amado Dios quisiera preguntarle: «No es verdad que tu mundo me es muy querido?». La novia venía vestida de blanco, con su corona de azahares, la que involuntariamente la obligaba á mirar hacia abajo. Una vez, sin embargo, alzó la vista y unos ojillos negros como el azabache denunciaron al pobre maestro quién era la desposada y nuestro hombre, con el corazón lacerado, regresó por el mismo camino que gozoso había recorrido minutos antes.

Era el medio día. Veíase la llanura esmaltada de verde y oro. Por donde quiera que un arroyo corría ó saltaba una cascada, el sol derramaba millares de millares de puntos luminosos. Cualquiera se habría sentido dichoso en medio de tanta luz. Sólo el maestro de escuela se sentía enfermo y por lo mismo caminaba con las manos puestas sobre los ojos. Y así continuó hacia adelante.

A poco rato se le unió otro viajero, que á juzgar por lo empolvado de sus botas debía de haber hecho un largo viaje.

«Mi buen amigo» le dijo el extranjero «por lo que veo os molesta la luz del sol.»

El maestro respondió afirmativamente.

«Mira, buen hombre» le dijo el otro «para eso no hay nada mejor que unas antiparras grises como estas que uso yo. Pruébalas y verás» y uniendo los hechos á las pa-

labras, se quitó las que traía puestas y se las ofreció.

El maestro consintió de buena gana y se puso las antiparras. En realidad, le hacían mucho bien á sus cansados ojos. Con ellas el sol había perdido su esplendor; la pradera con sus flores amarillas y rojas, los árboles, las plantas y hasta el mismo cielo se habían vuelto de color gris y esto era un alivio para su enfermo corazón.

«Vendeis vuestras antiparras?» le preguntó al viajero.

«Están en buenas manos» fué su respuesta. «Por otra parte, llevo unos cuantos pares más. Señor maestro, consérvelas usted como un recuerdo de mi parte.»

«Ah! entonces me conoceis. Podría yo saber á quien tengo el gusto....»

«Quién soy yo?» continuó el extranjero. «Me llamo Melancolía. Hasta luego».

Y al concluir estas palabras, cogió por un camino lateral hasta perderse en breve de vista. El maestro, acomodándose mejor las antiparras grises, siguió otro sendero.

Habían pasado ya muchos años desde que se realizó este acontecimiento. El maestro se habían vuelto un viejo solterón y melancólico y ya no se acordaba de la alegría. Casi todas las mañanas salía de paseo, pero ni la verdura de los árboles, ni los brillantes matices de las flores existían para él. Su único placer, si es que esto puede llamarse así, consistía en coger las plantas, secarlas, prensarlas, ponerlas en un pliego de papel

y escribir debajo sus correspondientes nombres en latín.

En uno de estos paseos, llegó el maestro á un valle endonde serpeaba un arroyo cuyas aguas movían un molino. Sentía sed y le preguntó á una anciana que estaba sentada en el quicio de una puerta si no tenía algo que darle de beber. Le respondió que sí y lo invitó á que pasara adelante y se sentara. Enseguida una fresca doncella ponía sobre la mesa leche y pan. Al maestro le pareció que la muchacha era bonita, pero el color gris de sus antiparras no le permitía cerciorarse de la verdad y no quiso quitárselas, temeroso de que la luz del sol le molestara los ojos. Tomó en silencio lo que le sirvieron y cuando fué á pagar, la hija del molinero no aceptó nada. Después de estrecharle la mano, se despidió. Ella siguió con la vista al hombre melancólico hasta que desapareció detrás de los arbustos.

El valle aquel contenía sin duda algunas plantas raras, porque no habían pasado tres días, cuando ya se presentaba nuestro hombre como huésped en casa del molinero y al cabo de unas cuantas visitas más, ya lo contaban entre el número de los verdaderos y buenos amigos.

A la abuelita le llevaba azúcar, café, tabaco en polvo, y otros regalos curiosos; al molinero lo entretenía con amenas y variadas conversaciones y sólo á la hija no le dirigía la palabra, contentándose apenas con admirar la hermosura de aquella flor cam-

pestre. El molinero entonces codeaba á la abuelita y ésta asentía moviendo la cabeza.

Un precioso día de verano, al tomar el camino que debía conducirle á su casa, observó que un topo había caído en una trampa y el infeliz se empeñaba en vano por salvarse de la muerte. Conmovido el maestro, soltó al prisionero y lo puso sano y salvo en tierra. Después cada cual siguió su camino.

En la noche de ese mismo día, estando sentado el maestro en su cuarto de estudio, con la ventana abierta, entró un murciélago. Esto, como se ve, nada tiene de particular, pero sobre el murciélago cabalgaba un hombrecillo tan pequeño como un dedo de la mano, y después de haberse apeado de su cabalgadura, hizo una reverencia.

«Qué buscas aquí?» le preguntó con aspereza al pequeñuelo. «Vete adonde un poeta y no molestes á las personas que trabajan.»

No se desconcertó el hombrecito con esta acogida y acercándose más, fué á sentarse al borde del tintero.

«No me despidas» dijo «sólo deseo hacerte bien por haberme sacado hoy de la dificultad en que me encontraba. Yo soy el topo que libertaste de la trampa.»

«Ah! y quien eres tú?» le preguntó el sabio al hombrecillo, mientras lo examinaba al través de sus gafas grises. El hombrecillo era de aspecto fino y delicado y sin las gafas, el maestro habría podido ver que llevaba una casaca verde y una gorra color de oro.

«Soy el genio de las praderas y me llamo Ranúnculus» dijo el enano. «Son mis sirvientes los encargados de cuidar las hierbas y las plantas. Lavan á unas con gotas de rocío, á otras las peinan con rayos de sol y finalmente proporcionan á otras las sustancias alimenticias. Entre estas últimas trabajaba yo en la mañana, transformado en topo para no ser conocido, cuando tuve la desgracia de caer en la trampa de la que me libertaste y ahora vengo aquí para darte las gracias y prestarte al mismo tiempo un gran servicio».

«Cual es?» le preguntó el maestro.

«Tú eres un gran sabio, y la prueba de ello es que conoces las flores y las plantas que crecen en las montañas, en los bosques y en los campos, pero aun ignoras una linda flor».

«Cuál?» preguntó con ansiedad.

«Es la flor que llaman Alegría del corazón».

«No la conozco, en realidad»

«Pero yo sí» dijo Ranúnculus «y quiero indicarte donde se encuentra. Toma el camino por el que corre el arroyo cuyas aguas mueven el molino y vé hasta el lugar donde nace la fuente y verás como brota de una roca. En ese mismo sitio se encuentra una gruta que el pueblo llama la Gruta del Mochuelo; á la entrada es endonde crece la flor Alegría del corazón. Debo, eso sí, advertirte que solo el domingo de la Trinidad y á punto en que el sol nace, es cuando florece.

De modo que si llegas á tiempo, bien puedes cogerla. Has entendido bien?»

«Perfectamente.»

«Que seas feliz entonces» dijo y de un salto montóse en el murciélago, que desapareció volando por la abierta ventana.

Se quedó el maestro largo rato pensativo y después de menear de un lado á otro la cabeza, se puso á leer un libro viejo, que por cierto estaba encuadernado en pergamino.

Dos días más tarde, á eso del anochecer, estaban sentadas en el prado que hay frente á la casa del molino, la hija del molinero y la abuelita. En tanto que zumbaba la rueda con el mucho dar vueltas, la abuelita le refería á la niña que en otros tiempos la señora Perchta¹ daba puñados de lino á las hilanderas hábiles que lo convertían luego en oro. Entre otras leyendas, le contó la del hermoso príncipe que duerme á la entrada de la Gruta del Mochuelo. Este príncipe, decía, solamente es visible cada cien años y según cuenta la tradición, si una doncella besa tres veces al hermoso durmiente, desaparece el encanto y la niña recibe en cambio un magnífico tesoro. Éstas y otras leyendas de duendes y gnomos le contaba la anciana á la linda muchacha, al paso que ella hilaba y torcía entre sus blancos dedos el hilo, que iba formando en grandes ovillos. En el cielo titilaban las estre-

¹ Una hada benéfica.

llas y la atmósfera, saturada del perfume de las flores campestres, asueñó pronto á la aldeanita, que se fué luego á descansar á su alcoba.

No se sabe si fué un sueño, pero es lo cierto que durante la noche, un hombrecillo vestido de casaca verde y gorra color de oro, se le acercó al oído y le dijo:

«Dichosa niña, para tí y no para otra es el tesoro de la Gruta del Mochuelo. Mañana es el día en que el dormido príncipe será visible al amanecer; estará á la entrada de la Gruta y si no tienes miedo, vé y bésalo tres veces en la boca; con esto deshaces el encanto y te ganas el tesoro. Debo, eso sí, advertirte que antes de que rompas el encanto, no hay que pronunciar ni una sola palabra, porque de lo contrario se hundiría de nuevo el hermoso durmiente en espera de otros cien años».

Esto fué lo que el geniecillo *Ranúnculus* murmuró al oído de la doncella. Quien despertó del sueño y se frotó los ojos para convencerse de que no dormía. Un olor aromático de heno fresco llenaba la alcoba y por una rendija de la ventana se veía la madrugada. La valerosa joven se levantó luego y se vistió. Cautelosamente abandonó la casa paterna y corriendo se dirigió á la Gruta del Mochuelo.

En las ramas de los árboles comenzaban los pájaros á despertarse y cantaban á media voz para irse limpiando la garganta. Una blanca neblina se alzaba del suelo y subía

en espirales por las montañas, en donde las copas de los más altos pinos aparecían como con aureolas doradas. Por fin llegó la hija del molinero á la entrada de la Gruta, y en realidad, así como se lo había dicho el pequeño gnomo, allí estaba recostado sobre un lecho de musgo el dormido príncipe. Por poco da un grito de sorpresa, pues el durmiente tenía mucha semejanza con el maestro de escuela y hasta portaba gafas grises montadas en la nariz.

Por dicha, acordóse de que el enano le había recomendado no gritara y con el corazón que le saltaba del pecho, se acercó al dormido, firmemente resuelta á libertarlo del encanto, lo que le pareció más fácil de lo que se había imaginado.

Se inclinó tanto como le fué posible para besar al dormido. Este hizo un movimiento, como de quien va á despertarse.

La doncella se apresuró á besarlo de nuevo. Nuestro hombre vió entonces, al través de sus antiparras grises, aquella celeste aparición, que una vez más lo besaba.

Con tal presteza el dormido se levantó que las gafas se le cayeron, haciéndose trizas en las piedras del pavimento.

Después de tantos años de verlo todo gris, pudo contemplar nuevamente la alegre primavera bañándose en los rayos del sol, las flores con sus vivos y variados matices, el cielo azul y en medio de tanta magnificencia, á una doncella más linda que una rosa de mayo y tan delicada como un lirio y loco de

alegría, le devolvió los tres besos que le había dado y muchísimos más.

Ranúnculus, sentado en una flor amarilla color de oro, saltaba de contento. Había cumplido su palabra. Ya el maestro, su protegido, habíase encontrado la flor de la alegría y la hija del molinero, su tesoro.

La cerradura de acero

Existía en mitad del bosque un lago de aguas oscuras y verdosas, en cuyos contornos erguíanse añosos y gigantescos pinos. Las fuentes que en las alturas saltaban alegres y bulliciosas, se volvían tranquilas en acercándose al estanque y por fin se vaciaban sin ruido en el agua negra de la superficie. Luego se dirigían hacia la desembocadura del lago y formando un arroyo considerable, nuevamente se juntaban y como si hubieran visto algo sospechoso, se iban corriendito de prisa sobre las arenas y peñascos que les interrumpían el paso; y sólo cuando el arroyo se había alejado mucho, comenzaban otra vez las ondas á murmurar y á cantar y el mirlo de blanco jubón, que tenía su nido en la ribera del lago, escuchó singulares cosas.

En uno de los muchos pueblos que hay dispersos en las montañas, vivía un joven pescador que se ganaba la vida pescando. Las pintadas truchas de los manantiales colgábanse del anzuelo cebado y cuando

tardaba en sacar la red de las aguas del lago del bosque, grandes sollos y rollizos glanos brincaban entre las mallas, de tal modo que con muchas dificultades podía arrastrar la pesca hasta la orilla.

Sentado un día de tantos en la ribera del lago, con la vista fija en el anzuelo, le pareció que muy cerca de la superficie del agua se asomaba la cara de una bellísima mujer y lo miraba con insistencia. Se asustó como es natural y presuroso abandonó el asiento. En eso se oyó un ruido entre los arbustos secos y cuando volvió la cara para ver quien era, se encontraron sus ojos con una muchacha que llevaba una guadaña al hombro y que lo miraba con benignos ojos.

«Eres muy diligente, Enrique?» preguntó la linda joven y el pescador le contestó como convenía.

«Enrique» continuó la muchacha «permítame darte un consejo, cree en mis buenas intenciones. Deja de pescar en este lago. Las gentes cuentan horribles historias de, de...»

«De la Ondina» le interrumpió el joven.

«Bajito, que Dios nos ampare, bajito» dijo la temerosa niña. «Óyeme, Enrique, evita esta agua tranquila del bosque; no hallarías en otras partes bastantes peces? Sería una gran desdicha para tí que alguna vez se encontrara tu sombrero flotando en el agua».

«Gertrudis» contestó con ansiedad el pescador «te afligirías tú si eso aconteciera?»

La muchacha, volviéndose de lado, res-

pondió: «Sí, lo sentiría mucho, de todo corazón, porque yo te quiero como una hermana. Eso bien lo sabes».

«Como una hermana» suspiró el joven y se quedó pensativo.

En el lago bullía un pez y Enrique, como en un sueño, empuñó el anzuelo.

«Que pases bien» dijo la joven.

«Gracias, Gertrudis. Para dónde vas?»

«A donde el herrero del bosque. La guadaña... Tú sabes que la cosecha del heno empieza ya. El herrero tiene que afilarme la guadaña».

«Ah!» contestó enojado el pescador y volvió la cara hacia el lago.

Una vez más todavía le dijo la doncella en voz baja: «Que seas feliz, Enrique, ojalá no te olvides de lo que te he rogado».

Pero el muchacho no le contestó y la niña se fué, perdiéndose pronto de vista entre el bosque.

Mudo y pensativo quedó el pescador, con los ojos fijos en el anzuelo del cual pendía un soberbio sollo que tiró hacia tierra. Al degollarlo con el cuchillo, los ojos le brillaron de un modo extraño.

Mucho tiempo permaneció sentado en la orilla del estanque. Las cimas de las cordilleras se tiñeron de púrpura, y los árboles proyectaban sombras gigantescas en la superficie del lago. Una urraca que volaba por allí, sonrióse á su manera y dijo:

Negro y blanco es mi vestido,
negro el herrero y blanca la doncella.

Cuando el herrero abraza á su amada,
se le mancha la frente de ollín.

El animalucho se internó después en el bosque dando gritos de contento y el pobre pescador, invadido por la tristeza, recogió sus utensilios y abandonó el lago.

*

Habían pasado ya muchas semanas, cuando volvemos á encontrar á Enrique sentado á la orilla del lago, pero ahora no pesca. Tiene la cabeza apoyada entre las manos y la mirada fija en las aguas. Su aspecto es miserable; ha perdido los colores de las mejillas y los ojos están empañados. Cada vez que miraba al fondo del agua, le parecía encontrarse con una linda figura de mujer que lo llamaba con su blanca mano.

«Ah! sí» exclamaba «allá abajo quizás estaría mejor. Con tal de que todo fuera cierto».

Una risa burlona lo asustó. Volvióse para mirar, pero esta vez no era la joven de rosadas mejillas quien estaba detrás de él, sino una vieja desdentada, que traía en el brazo un cesto lleno de hongos venenosos.

«Ah, es la madre Brígida?»

«Sí, mi hijito, yo soy. He escuchado tus suspiros desde el fondo del bosque y también sé por qué gimes como árbol herido por el rayo. Estuve en la iglesia y allí oí que el cura anunciaba las amonestaciones de tu blonda amada con Juan, el herrero del

bosque. He visto también la ropa de la joven y el lecho con dos corazones enlazados y entre llamas».

«Cállate, mujer» suspiró el pescador.

«Ah no, todavía no, mi hijito! Trágate lo que sigue.

Muchachas jóvenes, hermosas y frescas
hay muchas debajo del cielo.

De modo que si no es ella, será otra».

El joven se tapó la cara con las manos é hizo señas á la vieja para que se marchase. Pero la vieja no le hizo caso.

«Tú eres mi bien amado, hijito mío» le dijo adulándolo. «Me has traído unos cuantos peces para mi comida y la piel de nutria que me regalaste para forrar mi toca son cosas que no se me olvidan. Quiero ayudarte, mi niño adorado, quiero ayudarte».

El joven le contestó con altivez y en tono de enojo: «Madre Brígida, las gentes dicen....»

«Que yo soy una bruja. No, no puedo untar el atizador y después salir como disparada á las alturas por el cañón de la chimenea, eso no lo puedo hacer. Pero yo sé muchas cosas, hijito mío, cositas que fuera de mí habrá muy pocas gentes que las conozcan; por eso, cuando tú quieras, sabes que me tienes á tus órdenes».

«Te atreverías á prepararme un filtro de amor, madre Brígida?» preguntó Enrique en voz baja.

«No, pero yo sé otro medio. Y si lo haces

tal como te indico, nunca llegará á ser su esposa, á pesar del anillo nupcial y las bendiciones del cura. Cuando lleno de amor quiera abrazar á su prometida, ésta se desprenderá de él y cuando anhelosa ella tienda sus brazos en torno de su cuello, él la rechazará colérico. Eso sí puedo yo hacer con el hechizo que quiero enseñarte. Y te diré algo más: cuando él la abandone ó viceversa, ella será entonces solamente tuya.»

«Te escucho» dijo Enrique en voz queda, y la vieja comenzó á murmurarle al oído:

«Cómprate en la cerrajería un candado de acero y paga sin regatear el precio que te pidan y dí: en el nombre de Dios. Más tarde, el mismo día del matrimonio, te trasladas á la iglesia. Eso sí, ten mucho cuidado, hijito mío, y á punto de que el cura en el altar esté uniendo la pareja, cierra el candado y dí bajito: en el nombre del Diablo. Hecho esto, arroja á este lago la cerradura y verás como acontece todo lo que anteriormente te he dicho. Me has entendido bien?»

«Os he comprendido» contestó el pescador, al mismo tiempo que un escalofrío le corría por la espalda.

*

En la torre de la iglesia las campanas repicaban alegremente y por las puertas de la misma entraban empujándose los risueños aldeanos, con vistosos trajes de dominguear.

El herrero conducía á la bella Gertrudis. Estaba, por cierto, linda con su rubia cabellera, que hacía relucir más, cayendo oblicuamente desde una abierta ventana, un rayo de sol más claro que la misma corona nupcial, hecha de lentejuelas de oro y otros abalorios. Ahora el organista se sienta al órgano y su cara llena de arrugas resplandece de alegría, porque piensa en la pierna asada de cordero y en las matrimoniales papillas de mijo que la acompañan, las que han de ser, según las viejas costumbres, tan duras que retengan la cuchara dentro de la masa. Tira de los registros y por los ámbitos del templo zumban las notas poderosas del órgano y los ángeles de madera con sus trompetas, desde el púlpito, parece que inflaran los carrillos más que de costumbre. Después todo queda tranquilo. El cura alza la voz para hablarle á la pareja, arrodillada al pie del altar. Nunca habló con tanta dulzura como hoy. Las mujeres buscaban sus pañuelos para enjugarse alguna lágrima y aquí y allí se distinguían suaves murmullos y sollozos.

A tiempo que el cura cogía los anillos del plato puestos sobre el altar, la novia alzó los ojos, bajándolos al instante, porque en uno de los pilares de la iglesia había visto á Enrique el pescador. Tenía éste la palidez de un muerto, la mano derecha en el bolsillo del chaleco y los labios le temblaban. La novia no pudo oír más lo que el cura decía, ni tampoco escuchar las felicitaciones de

sus parientes y amigos, según la costumbre. Del brazo de su esposo, salió de la iglesia como una sonámbula.

El cortejo se encaminó hacia la casa nupcial que estaba adornada con hojas de parra. Del cielo raso pendía un árbol de abeto, del que colgaban varias cintas. A todo esto, los músicos se fortalecían con buenas copas, alistándose así para la próxima fatiga y poco después sonaban las alegres voces de los violines y de las flautas en la quietud de aquel domingo.

Mientras tanto, alguien iba de prisa para el bosque. Llevaba en su corazón un hondo dolor y en el bolsillo una cerradura atrancada. Tomó el camino del lago. Sentado en la ribera, pasó todo el día, teniendo la cerradura con mano irresoluta. Las pequeñas y grises aguzanieves, ¹ caminando á pascitos cortos sobre la arena de la orilla, se acercaban curiosas hasta sus pies para mirar aquel pálido compañero. Las escamas de los peces que brincaban en la onda, resplandecían como plata al fulgor del sol. Las libélulas verde-oscuras bailaban sobre las ondas y bebían á sorbitos del agua. Pero él no admiraba la naturaleza. Ya el sol comenzaba á ocultarse detrás de los picos de las azules montañas, las sombras eran más espesas y aun permanecía oculto el pescador á orillas del lago.

¹ Unos pajaritos.

De pronto sonaron á lo lejos las notas de los violines y cada rato se oían más y más cercanos los sonidos de la orquesta. El joven se puso á escuchar y gimió. Ahora el herrero conduce á su esposa, y músicos y convidados escoltan la feliz pareja.

Enrique apretó los dientes y sacó la cerradura. Una lechuza voló cerca de él y en su vuelo decía: «Hazlo, hazlo, hazlo», iba repitiendo en su canto el ave. Describiendo un arco, el candado fué á caer en el lago. Poseído de espanto, también salió corriendo Enrique fuera del bosque.

*

El hechizo que la vieja le dió al pescador era poderoso. A casa del herrero, en vez de la felicidad deseada, habían entrado amarguras y sufrimientos. Con desconfianza se miraban los recién casados en su nueva vida, y aunque consumidos de amor, se consideraban distantes; no podían pertenecerse porque una ponzoña había caído en el amor de los dos y á pesar de eso, el amor no quería morir. La bella Gertrudis se adelgazaba en el hogar como una sombra y la pena debilitaba también el robusto cuerpo del herrero. «Algo les ha hecho alguno» murmuraban las mujeres del pueblo y en todos los sitios donde se hilaba se referían cosas horrendas.

También el pescador era víctima de un maleficio. Inactivo recorría los bosques y

campiñas y evitaba encontrarse con las gentes. Cuando, por casualidad, lo topaban los aldeanos del pueblo, lo veían con lástima y se tocaban la frente; tenían al infeliz por loco. En realidad, loco no era, mas un gran arrepentimiento lo mortificaba, algo así como un temor interno de haber causado una desgracia.

Al fin, un día, buscó á la vieja Brígida en su cabaña y le rogó de rodillas que deshiciera el hechizo.

La mujer sonrióse. «Tienes un corazón muy blando, hijito mío, pero quiero ayudarte, voy á deshacer el encanto. Traeme el candado. Dando un fuerte golpe de martillo «en el nombre de Dios», quiebra el candado de acero y desaparece el maleficio. Traeme la cerradura, mi hijito adorado».

El muchacho se golpeó con ambas manos la frente y salió disparado de la cabaña; la bruja, sonriéndose maliciosamente detrás de él, se alegraba del mal que le había causado.

«Traeme el candado» le sonaba constantemente en los oídos, cuando de nuevo y ya un poco más tranquilo, se encontró en el bosque. «Traeme el candado». Dirigió sus pasos hacia el lago, al que temeroso había evitado volver desde aquel funesto día.

El viento de la noche pasaba peinando las ondas oscuras y verdosas y la luna se reflejaba en las tranquilas aguas. A la orilla, sentada sobre una piedra musgosa, destacábase la forma de una mujer vestida de blan-

co. Tenía los cabellos rubios color de oro, largos y ondulados y portaba una corona de junco y blancos nenúfares.

«Al fin vuelves á mi lado, querido hijo de los hombres?» díjole la Ondina al pescador, «por mucho tiempo te he esperado, pero sabía que volverías. Ven, desciende conmigo á mi vergel y olvida en mis brazos á los hombres que te atormentan y que han marchitado tus encendidas mejillas. Ven, olvida la tierra, el cielo y la luz del sol».

Se plegó al muchacho que casi no podía respirar, ciñendo sus espaldas entre sus brazos protectores. «Mira» continuó diciéndole «aquí llevo la prenda que me diste» y al terminar estas palabras, le mostraba el candado de acero que en una cadena de corales llevaba al pecho. «Tú eres mío».

Apresuradamente el pescador cogió la cerradura. «Devuélvemela, devuélvemela» gritó, pero la Ondina movía la cabeza sonriéndose y estrechaba al muchacho fuertemente entre sus brazos. «Ven!» murmurábale al oído.

«Devuélveme el candado!» suplicaba el pescador «devuélveme la cerradura y permíteme llevármela aunque no sea más que por un ratito. Te juro que esta noche regresaré al lago y me quedaré contigo para siempre. Dadme el candado».

La Ondina soltó el candado de la cadena y dijo: «Está bien, te devuelvo tu prenda pero á cambio de otra. Dame uno de esos bucles negros que adornan tu frente».

Enrique sacó su cuchillo y se cortó un rizo para ofrecérselo á la Ondina. Ella lo guardó entre sus vestidos y devolvió al pescador la cerradura. "Recuerda que eres mi prometido. Aquí guardo tu rizo y con él te tengo amarrado. Ahora toma mi velo; cuando regreses de tu viaje, ciñételo á la cintura y arrójate intrépido al agua. En el interior estaré aguardándote, oh mi dulce é íntimo amigo, adentro te esperan más dichas y alegrías que hojitas aguzadas tienen los pinos de este bosque y gotas de agua cuenta el lago. Regresa pronto".

Así le habló la Ondina, besó al joven en la boca y se consumió en la oscura corriente de las ondas. Pero antes de desaparecer por completo volvió la cara hacia el amado y le dijo á modo de advertencia: "No olvides el velo, porque de lo contrario estás perdido; yo misma no podría librarte de la muerte; no olvides el velo.»

Dichas estas palabras se consumió y el pescador salió corriendo de prisa con el candado.

*

En la fragua de la herrería estaba sentado el joven maestro, melancólico y con los ojos fijos en la llama de los carbones. En esto rechinó la puerta y entró Enrique el pescador. El herrero recibió con miradas poco amigas al retardado cliente y le preguntó colérico qué deseaba.

"Tengo que hacerte una súplica" dijo

«permíteme por un momento el más pesado de tus martillos».

El herrero miró con recelo á su rival. Qué querrá hacer este loco con el martillo? Deseará mediante la riña lograr la posesión de la mujer amada? Pero se consideraba bastante hombre para impedir un asesinato y le pasó el martillo al pescador, sin dejar por eso de empuñar una barra de hierro para en caso de defensa.

El pescador se fué al yunque y al herrero le sorprendió verlo colocando allí un candado.

«En el nombre de Dios» gritó Enrique dando un fuerte martillazo. Amenazante cayó al suelo la cerradura y los pedazos volaron por toda la herrería.

Hecho esto, Enrique sacó del chaleco un tejido finísimo y lo arrojó á las brasas de la fragua. Levantóse una llama muy viva para apagarse inmediatamente. Luego alargó la mano derecha al herrero, diciéndole en voz baja: «Salud y que seas dichoso!» Dichas estas palabras se dirigió á la puerta y desapareció en la oscuridad de la noche.

Balanceando la cabeza, el herrero había contemplado la conducta del loco y aun permanecía sumido en sus pensamientos, cuando notó que dos brazos delicados se le arrollaban al cuello y unos labios amorosos buscaban los suyos. Riendo y llorando, colgaba la joven mujercita de sus espaldas y palabras blandas y cariñosas salían de sus labios.

Apagada la roja claridad de la herrería, un hombre tiritante, que casi sin respirar había estado espiando por la ventana, se levantó, encaminándose poco á poco hacia la oscura selva.

Al herrero le llovieron dichas y felicidades y un tropel de muchachos y niñas de mejillas sonrosadas.

Habiendo desaparecido desde aquella noche el pescador Enrique, ninguno lo había vuelto á ver. Sin embargo, el arroyo que viene desde las riberas del lago del bosque, sabe una nueva y terrible leyenda, la de un joven muerto que yace en el fondo del lago en un ataúd de cristal y de una bella Ondina, que sentada á su lado, se pasa llorando.

El árbol de oro

El cuarto en que comienza nuestra historia tenía un aspecto pobre y modesto. Solamente adornaban aquellas encaladas paredes algunos mapas gastados, un par de camas angostas, un pupitre y un ropero, sobre el cual descansaba un globo terrestre. En medio del cuarto había una mesa rectangular, toda manchada de tinta. Á un lado y otro de la misma, dos chicos de doce años poco más ó menos, estaban sentados.

Rubio era el uno, y ocupado en la traducción de un pasaje difícil del *Cornelio*

Nepote,¹ suspiraba hojeando el pesado Diccionario; moreno el otro, se empeñaba en sacar la raíz cúbica de una cantidad de nueve cifras. Juan era el nombre del filólogo, Enrique, el del matemático.

De cuando en cuando alzaban ambos niños la cabeza, con la mirada hacia la abierta ventana, por la que entraban y salían las zumbadoras moscas. Afuera, en el jardín, los dorados resplandores del sol se tendían sobre los árboles y setos vivos, y como para burlarse de ellos, una rama de sauco, vestida de florecillas, venía á asomarse, por la abierta ventana, al aposento en que estudiaban ambos esperanzados discípulos. Los pobres no quedarían libres antes de una hora larga de trabajo y los minutos trascurrían tan lentos como la babosa que en el jardín se resbalaba sobre un arbusto erizado de espinas. Ni pensar tampoco en tomarse un tiempito de descanso durante las horas de clase, porque en el salón contiguo se hallaba sentado á su escritorio el Doctor Palmeta, á quien los pobrecillos estaban entregados para que los educara; y como la puerta de comunicación se abría de par en par, el Doctor

¹ Es una manera de llamar las *Vidas de Varones Ilustres* (Aníbal, Alcibiades, Temístocles, etc.,) escritos en latín por el escritor latino Cornelio Nepote (siglo 1 antes de Jesucristo). Es un autor muy conocido de los estudiantes de latín en los colegios de Europa. Es el primero que usan para la lectura y traducción, porque su estilo es claro, la frase, sencilla y las sentencias, morales.

muy bien podía en cualquier instante cerciorarse de la ausencia de sus pupilos é inspeccionar también su conducta.

«Aníbal hubiera podido hacer algo mejor que atravesar los Alpes», mascullaba Juan entre dientes, y «Nueve veces ochenta y uno son setecientos veintinueve», murmuraba en voz baja Enrique. Mirándose luego uno al otro, se ponían á bostezar.

De pronto oyeron un zumbido. Un abejorro dorado—más le habría valido quedarse afuera comiendo—se había metido al cuarto. Por tres veces giró en torno de las cabezas de los muchachos, hasta que vino á caer en el tintero.

«Le ha sucedido precisamente lo que se merece» dijo Enrique «por qué no se quedó en donde se hallaba bien? Pero ahogarse en tinta debe ser una muerte muy negra. Aguárdese, compañero, voy á salvarlo».

Con la pluma le ayudó á salir al pobre coleóptero, que pataleaba en la tinta; pero Juan estuvo más listo y con los dedos lo sacó. Enseguida los dos muchachos enjugaron al infeliz con el papel-secante y vieron como se limpiaba con las manitas.

«Tiene una coraza dorada y cuerno negro» decía Juan limpiándose en el pelo los dedos manchados de tinta: «sin duda es el rey de los abejorros dorados. Vive en un castillo cuyos muros están formados por jazmines blancos en botón y cuyo techo se compone de pétalos de rosas. Los grillos y los mosquitos son los músicos de su corte,

al paso que las luciérnagas le sirven de pajes».

«Estás inventando, eres un fantaseador» dijo Enrique.

«El que se encuentre con el rey de los abejorros dorados» prosiguió Juan «será siempre feliz. Ponme atención, Enrique, una aventura ó algo extraordinario nos tiene que suceder. Piensa, además, que hoy es primero de mayo y en este día acontecen cosas sorprendentes. Mira como parece que nos llama con el cuernecillo y estiendo sus alitas como queriendo volar. Pronto lo verás trasformarse ante nosotros en un silfo¹ vestido con su manto real y su yelmo de oro en la cabeza».

«Quiere volar» dijo sonriendo Enrique. «Zum... ya voló».

Los niños se precipitaron á la ventana para verlo. Cortando en grandes círculos el aire, revoloteaba el inquieto insecto, hasta que finalmente fué á perderse al otro lado del muro del jardín. Se oyó entonces un ruido en el cuarto del maestro y ambos discípulos corrieron á sus puestos.

«No te lo dije? ahí tienes ya el milagro!» murmuró Juan al oído de su camarada, señalando á un tiempo el tintero.

Del tintero salía un arbustillo verde, que creciendo poco á poco llegó hasta tocar el techo.

¹ Espíritu del aire.

«Soñamos» dijo Enrique restregándose los ojos.

«No, es que asistimos á un prodigio» dice regocijado Juan «participamos en una verdadera leyenda fantástica».

El arbusto crecía más y más. Como por encanto, de cada rama brotaban hojas y flores. El techo del cuarto desapareció, las paredes se desvanecieron y una suave oscuridad crepuscular envolvió á los maravillosos jóvenes.

«Adelante!» gritó Juan, arrastrando consigo á Enrique que se resistía á seguirlo. «Ahora comienza nuestra aventura».

La maleza llena de florecillas silvestres se abría para darles paso. Los rayos del sol, colándose por entre las hojas, esparcían sobre el musgo millares de ojos luminosos. Estrelladas florecillas de variados y vivos colores brotaban de la tierra y enredaderas verdes y grises adheríanse como pintorescas serpientes á los rugosos troncos de los árboles, en cuyas ramas aleteaban cantando pájaros de vistosos plumajes, mientras que los ciervos y venados brincaban contentos por entre los matorrales.

De pronto el bosque se iluminó de una claridad color de fuego. «Lo ves? ahora comienza el encanto» dijo Juan á su compañero.

Ante ellos se extendía una pradera silvestre. En el centro se elevaba un árbol solamente, pero no un árbol común, sino el árbol maravilloso de que había oído Juan

hablar tan á menudo, el árbol de las hojas de oro. Los niños casi no se movían, tal era su asombro.

Derrepente apareció un gnomo ¹ tan pequeño como un niño de tres años, pero no de cabeza grande ni patojo como suelen ser los gnomos, sino esbelto y arrogante. Portaba yelmo de oro y capa verde, y ambos niños, cuando lo tuvieron delante, quedaron confusos.

El gnomo se adelantó dos pasos y les hizo una reverencia. «La princesa encantada aguarda á su libertador» dijo, «cuál de vosotros dos acometerá esta arriesgada empresa?»

«Yo» respondió Juan alegremente. Entonces el gnomo le presentó un caballito blanco como la leche, y que tascaba un freno de oro.

«No te montes» decía Enrique con ansiedad, pero ya Juan estaba en la silla. Relinchó el caballo encantador é irguiendo la cabeza y agitando las flotantes crines, se internó con su ginete en el bosque. Un luciente abejorro dorado voló adelante como un heraldo. Una vez más Juan tornó á mirar y vió á su camarada, en pie, bajo el árbol de oro; luego, perdió de vista el árbol y al amigo.

Aquel fue un agradable paseo á caballo. Juan sentíase tan seguro en su silla como si

¹ Espíritus guardianes de las minas y de todos los tesoros que la tierra encierra en sus entrañas.

estuviera sentado en su banco de la escuela. Cuando pensó que haría apenas una hora se encontraba atareado con la traducción del *Cornelio Nepote*, en presencia del Doctor Palmeta, sintió deseos de reír. Ahora, en cambio, el estudiante se veía convertido en un caballero con capa, collar, espada y espuelas de oro, paseándose por un bosque encantado. El potrigo blanco entonó un alegre relincho.

De nuevo la selva se iluminó con suave claridad. Á poco andar caballero y caballo se detenían á las puertas de un espléndido castillo. Las torres lucían banderolas de abigarrados colores, resonaban bocinas y trompetas, y en el interior, sentada en su trono, estaba una hermosísima princesa ataviada con su blanco velo de novia. Juan creyó reconocer á su vecina Elenita, con quien jugaba al salir de la escuela, pero la princesa era aun más alta y más linda.

Saltó con presteza de la silla y subió con sonantes espuelas la escalera de mármol. En la puerta del salón lo esperaba un gran señor, probablemente el Mariscal de Corte de la princesa, pues á nuestro Juan se le antojó que lo conocía.

Aquel personaje alargó la mano y tomando al caballero por una oreja, le dijo:

«Se ha dormido el haragán. Toma...»

Con esto se deshizo el encanto. De nuevo se halló Juan sentado junto á su mesa manchada de tinta, en la que estaban, como riéndose de su pereza, el *Cornelio Nepote* y

el Diccionario latino. Al otro lado de la mesa, Enrique escribía tan de prisa que hacía crujir la pluma. A la par estaba el Doctor Palmeta, contemplando al través de sus espejuelos azules al pobre soñador.

Cuando por fin sonó la hora de la libertad y ambos estudiantes salieron al jardín, bajo uno de cuyos árboles comían su merienda, Juan comunicó á su amigo lo que había soñado.

«Es maravilloso, verdaderamente maravilloso!» exclamó Enrique, tan luego como aquél terminó su relato. «Yo también soñé lo mismo que tú soñaste, aunque con diferente conclusión. En mi sueño no aparece ningún castillo encantado».

«Cuéntamelo!» decía Juan insistiendo.

«Hasta el encuentro del árbol de oro mi sueño es igual al tuyo. Tú montaste en el caballo blanco y te dirigiste á libertar á la princesa. Mientras tanto yo...»

«¿Qué hiciste?» preguntó ansioso Juan.

«Yo me puse á golpear el árbol y me llenaba los bolsillos con las hojas de oro. En eso me despertó el Doctor y se acabó toda mi riqueza».

«Enrique» habló Juan entusiasmado cogiendo á su amigo de la mano «cuando dos personas tienen el mismo sueño, te digo que andando el tiempo se cumplirá aquello que soñaron. Nuestra visión es más que un sueño, es una profecía».

Acabaron de comer el resto de su merienda y pusieron luego á jugar á la bola.

Se cumplió acaso el sueño de los niños? Sí. Juan llegó á ser un gran poeta, cuya fantasía creaba cuentos y leyendas. Enrique, el que se quedó bajo el árbol llenándose de hojas de oro los bolsillos, fue el rico industrial que editaba las obras de Juan.

Los diablillos en las praderas del cielo

Como todo el mundo sabe, los niños buenos que se mueren van al cielo á formar los coros de ángeles. Pero cuán equivocado está quien suponga que allá no tienen más que hacer que jugar, dar volteretas y esconderse tras de las nubes.

Los niños-ángeles son ni más ni menos que los chicos y las chicas en la tierra y deben asistir á la escuela durante la semana y tienen cinco horas diarias de clases. Allí aprenden á escribir en pizarras de plata con pizarrines de oro y en vez de Silabarios tienen libros de fábulas y leyendas ilustradas en muy bonitos colores. No tienen que estudiar geografía pues, de qué les serviría el conocimiento de la tierra allá donde todo es infinito; en la eternidad tampoco se conocen las tablas de multiplicar. El maestro de los ángeles es el doctor Fausto. Este señor fué un maestro en nuestro planeta, pero á causa de cierta historia galante, fué condenado á dar clases en las escuelas

del cielo durante tres mil años, antes de que pueda tener vacaciones para siempre. Todos los miércoles y sábados por la tarde se les concede asueto, y es entonces cuando el doctor Fausto los lleva á pasearse por la vía láctea. Los domingos se les permite franquear las puertas del cielo para que corran y salten por las praderas, lo que los vuelve locos de contento con solo pensarlo durante los días de trabajo de la semana. Como se comprende, allá la campiña no es verde, si no que es azul y está sembrada de miles de millares de flores doradas y plateadas. Durante la noche brillan mucho y nosotros los mortales las conocemos con el nombre de estrellas.

Cuando los angelitos traspasan los umbrales del cielo, el doctor Fausto no los acompaña, porque es muy justo que descansen los domingos del trabajo de la semana. La inspección le corresponde entonces á San Pedro, portero del cielo. Este buen santo se encarga de vigilar para que los niños-ángeles jueguen con orden y decencia y para que no se alejen demasiado y se extravíen en los recodos y cuando por casualidad acontece que uno de ellos se aleja demasiado de la puerta del cielo, silba en una llave de oro, lo cual significa: «Media vuelta y adentro».

Una vez que hacía mucho calor en el cielo, San Pedro se durmió. Como lo notaran los angelitos, se aprovecharon de la ocasión para correr de aquí para allá hasta perderse en la gran pradera azul. Los más osados se

pusieron á correr en busca de aventuras y fué de ese modo como llegaron hasta el límite, en donde encontraron que las fronteras que separan el cielo de nuestra madre tierra estaban formadas por unas gruesas y altas tablas de madera. Llegados aquí, trataron de hallar en alguna parte una rendija por la cual pudieran ver, pero convencidos de que no existía ninguna, se subieron á los muros para mirar lo que había del otro lado.

Pero, al otro lado, lo que existía era el infierno y da la casualidad que en ese momento danzaba una multitud de diablillos delante de la puerta. Los diablillos eran negros como el carbón, tenían cuernos en la cabeza y largas colas. De repente uno de ellos miró hacia arriba y vieron entonces á los ángeles y les suplicaron que les permitieran entrar al cielo por un momento, prometiéndoles, al mismo tiempo, que estarían con mucha decencia y buenos portes.

Lo que enterneció á los angelitos y como les gustaban los negrillos, acordaron concederles este pequeño placer. Uno de los diablillos sabía donde se encontraba la escala de Jacob; por ella subieron brincando como monos, hasta la muralla de madera; también la escalaron, y ayudados por los ángeles que les tendían las manos, de un salto se dejaban caer en las praderas del cielo. (Por dicha para ellos que el bueno de San Pedro aún continuaba durmiendo.)

Al principio se portaron muy bien. Según la etiqueta del infierno, que les tenía

enseñada la abuela del diablo, caminaban despacio y con la cola colgada graciosamente del brazo izquierdo. Pero muy poco duró esta seriedad, porque pronto comenzaron á dar vueltas, brincos y saltos y todo esto acompañado de gritos y aullidos infernales, como verdaderos diablos que eran. Y no paró en solo esto; á la blanca y pálida luna que se asomó sorprendida por uno de las ventanas del cielo, la ridiculizaron á su gusto sacándole la lengua, y haciéndole largas narices, y por último se pusieron á arrancar, á manos llenas, todas las flores de la pradera para arrojarlas á la tierra.

Al ver esto, á los ángeles les dió mucho miedo y ahora se arrepentían amargamente de haber permitido la entrada al cielo á huéspedes tan malos y por más que les rogaban que se fueran para el infierno, los diablillos no hacían ningún caso á las súplicas, antes bien daban volteretas y vueltas en una ronda vertiginosa, verdaderamente infernal.

Entonces los angelitos despertaron á San Pedro para contarle todos llenos de humildad, lo que habían hecho. El santo estendió ambas manos sobre las cabezas y con voz de trueno gritó: «Adentro!» Y era digno de ver, cómo los pobrecitos ángeles, con las alas caídas, corrían para las puertas del cielo. Después llamó á dos ángeles adultos con espadas de fuego, para que espantaran y condujeran á los diablillos negros allá donde ellos merecen estar por malos.

Pero no se crea que los angelitos se quedaron sin su correspondiente castigo. Por tres domingos siguientes se les prohibió salir á paseo; y si alguno se atrevió á hacerlo, tenía que quitarse las alas y el nimbo de oro, y para los ángeles es una gran vergüenza tener que caminar sin alas y sin nimbo.

Algo bueno, sin embargo, resultó de todo lo ocurrido. Las flores arrancadas por los diablillos y que éstos arrojaron á la tierra, echaron raíces y se multiplicaron año por año. Estas flores son las que llamamos margaritas, y aunque naturalmente la margarita perdió mucho de su celestial belleza, siempre es muy agradable á los ojos contemplar sus finos estambres de oro y las hojas blancas y plateadas de su corola. Y justamente, por ser de origen divino se le atribuye un don especial. Cuando una joven desea saber si sus ansias de amor son correspondidas, no tiene más que ir deshojando una por una sus hojas, al mismo tiempo que va murmurando: «Si él me ama?» «Si él no me ama?» y con toda seguridad que la última hojita le dirá lo que tanto desea saber: «Que si le ama y mucho».

Gertrudis en el bosque

Cierta vez hubo un conde muy acaudalado que poseía además de sus riquezas, una linda mujer y su hijita Gertrudis, de hermosa cabellera rubia y ojos azules. Muchas eran las propiedades del gran señor, pero sentía predilección por un viejo castillo, rodeado de un espeso bosque, en donde abundaban los venados, los ciervos y otros animales monteses. Era aquel su sitio de caza.

Tan pronto como retoñaban las encinas, trasladábase al castillo con su esposa, su adorada Gertrudis y toda su servidumbre.

Una vez más iba á realizarse una gran partida de cacería. En el patio del castillo muchos caballos ensillados piafaban impacientes, hiriendo con sus cascos el arenoso suelo. Los perros atrahillados hacían empeños por recobrar su libertad para irse al bosque y los halcones sacudían las alas entumecidas.

En la puerta del zaguán, adornado con cuernos de ciervo y cabezas de jabalí, Gertrudis junto á su aya contempla gozosa los bonitos caballos y pintados perros.

Entran al patio el conde y su séquito, la madre de Gertrudis inclusive. Llevaba un largo vestido de terciopelo verde y plumas de avestruz en el sombrero. Tomó á su hijita en los brazos, le dió un beso y luego se montó en su caballo blanco. El conde acarició tam-

bién á su retoño y le dijo: «Vamos al bosque, allí donde saltan los pintados cervatillos. Si por casualidad llego á encontrarme la Liebre de Pascua ¹, le diré que mi Gertrudis le manda memorias y le suplica que el año próximo le traiga un nido con huevos de colores.» Sonrió la niña y con su boquita roja imprimió un beso en los barbados labios de su padre. Montó á caballo y el séquito salió del portón. Antes de alejarse definitivamente, llamó á la aya Ursula diciéndole: «Cuida bien la niña». Con la mano de nuevo le dijo adiós y desapareció.

Durante la siesta de ese mismo día jugaba la niña en el jardín, después de haber oído repetidas veces la leyenda de la vieja Liebre de Pascua y sus siete hijos con que el aya procuraba divertirla. Ahora la buena Ursula dormitaba sentada en un banco de piedra, bajo unos tilos. Mientras tanto Gertrudis, libre de la vigilancia de la anciana, se entretenía en contar los puntitos negros de un abejorro preso entre sus manos: de pronto el animalito escapó, pero la niña corrió tras él hasta que lo perdió de vista.

Su mirada se fijó entonces en una campanula azul, en la cual se mecía una mariposa dorada con ojillos negros en las alas. Se acercó de puntillas para cogerla, pero antes de que llegase á la flor, ya había al-

¹ En la pascua alemana se regalan á los niños huevos pintados ó confites en forma de huevos, y se les dice que los ponen no las gallinas sino las liebres.

zado vuelo el insecto, ocultándose tras los muros del jardín.

La niña quería á todo trance adueñarse de la mariposa. En la tapia del jardín había una pequeña puerta; como pudo, después de mil esfuerzos, la abrió y penetró en el bosque.

«Aquí vive la Liebre de Pascua con sus siete pequeñuelos» pensó Gertrudis. Pero por más que miraba á todos lados no logró descubrirla; sin duda vivía en lo más espeso del bosque y se internó, corriendo, en busca de la fantástica liebre.

Después de haber andado un gran trecho pensó en devolverse, cuando una urraca le salió al paso diciéndole:

«Qué linda cadenita de brillantes llevas al cuello! Dámela, porque si no te hago pedazos con mi pico.»

La pobre Gertrudis apenas podía tenerse en pie del susto. Temblando, se desató la cadenita y la arrojó á la audaz avecilla.

Entonces, lamentándose de haber perdido su alhaja, se le quitaron las ganas de continuar su paseo. Creyendo volver por el mismo camino, corrió cuanto pudo, pero solo fué para internarse más en el bosque.

«Hujú!» graznó de repente un ser extraño en lo alto de un árbol. Amedrentada la niña, volvió la vista hacia arriba. Una horrible lechuza la miraba con ojos que parecían despedir fuego, mientras que con el pico hacía un ruido estridente. «Hujú! Qué hermoso velo llevas puesto! dámelo, ó te rasguño con mis garras.»

Tiró del velo que llevaba y lo arrojó tan pronto como pudo. Rió la lechuza; tomándolo, se lo puso sobre el rostro. Ahora era una lechuza con velo.

A cada paso que daba Gertrudis, se estraviaba más en la selva. En vano buscó un sendero por donde salir; por todos lados la rodeaban árboles cuyas raíces se enroscaban entre sí, ofreciendo el aspecto de bronceadas culebras.

Las pruebas porque tenía que pasar no habían terminado aun. Una ardilla se desprendió de las ramas de un árbol, bajando por el tronco hasta donde estaba la infortunada niña. Pensó ésta que nada podía temer de este inofensivo animalito; pero cómo se engañaba! La ardilla no le guardó mayores consideraciones que la urraca y la lechuza.

«Ah! qué precioso delantal de seda!» dijo. «Dámelo para formarles un nido á mis pequeñuelos, porque si no te muerdo con mis afilados dientes».

Gertrudis se deshizo también de su delantal y continuó su camino llorando. Ya no podía más de cansancio, pero el miedo la impulsaba, á pesar de todo.

De pronto se encontró delante de una pradera iluminada por los rayos del sol. Campánulas azules, moradas y rojas crecían en todas partes; pintadas mariposas se mecían en el aire. Pero la niña no pensó en coger flores, ni en correr tras las mariposas. Sentóse sobre la hierba y lloró con tan profundo desconsuelo que hasta las mis-

mas piedras hubieran tenido compasión de ella.

Del bosque salió un anciano de luenga y nívea barba, cubierto con un sombrero de anchas alas; traía un bastón blanco en la mano derecha. Le acompañaban, como escoltándole, dos cuervos. Se dirigió á Gertrudis y unos instantes permaneció silencioso ante ella. Por fin le preguntó con voz cariñosa: «Por qué lloras, mi querida niña?»

Ella entonces, con el candor y la confianza propios de su edad, relató al anciano cuanto le pasaba.

«Tranquilízate» le dijo con amabilidad «yo te llevaré á tu casa». Llamó luego á sus cuervos, que se posaron en sus hombros y les dió órdenes en voz baja y al oído.

Éstos agitaron las alas y partieron como flechas, regresando pocos momentos después en compañía de una cigüeña.

Cuando la cigüeña se vió frente al anciano de ancho sombrero, le hizo una reverencia tan profunda que con la punta de su rojo pico tocó el suelo, alzándose después humildemente como un fiel criado que aguarda las órdenes de su amo.

«Mi querida Madama Adebar»¹ le dijo el viejo «esta pobre niña se ha perdido en el bosque. Sabes en dónde está su hogar?»

La cigüeña contempló á la niña, luego,

¹ Así designan familiarmente los alemanes á la cigüeña.

dando golpecitos con el pico, dijo: «Ah, señor Wode, yo conozco esta niña, no hace cuatro años la traje al castillo del conde».

«Bien» dijo el viejo «llévala de nuevo allá».

La cigüeña inclinó el cuello pensativamente, como si se dijera: «Este es un encargo bien difícil».

«Tienes que hacerlo» continuó el viejo en tono seco. «No has llevado hasta dos y tres niños en el pico? Pon manos á la obra, porque si me desobedeces te retiro mi amistad».

Entonces la cigüeña, con sumiso ademán, tomó á Gertrudis por el ceñidor y se dispuso á cumplir la orden.

«Pero, y mi cadena, mi velo y mi delantal?» dijo con voz llorosa la niña.

De nuevo la tranquilizó el buen viejo, prometiéndole que sus cuervos recobrarían aquellas prendas de mano de los perversos animales que se las quitaron, y se las llevarían al castillo.

Despidióse entonces de Gertrudis, recomendando á la cigüeña que se condujera bien con su protegida.

En el mismo instante se vió la niñita suspendida en el aire por sobre las copas de los árboles. La cigüeña volaba con la rapidez del viento.

Pronto la niña perdió el conocimiento, y cuando volvió en sí, se encontró acostada sobre la hierba en el jardín del castillo. A su lado, la señora Ursula la miraba con enojo.

«Niña, niña», le dijo «por qué dormir-se en esta hierba húmeda? Si te enfermas, dirá el amo que la vieja Ursula no cuida bien á su hija, y sabe Dios que yo no duermo si- quiera la siesta por estar vigilándote. Pero, qué hace tu cadenita de oro en mitad del ca- mino, tu delantal tirado y tu velo colgado de aquella mata de rosa? Levántate y vámo- nos pronto para casa, que ya comienza á hacer frío en eljardín. Ah! cielito mío, cuán- tos sinsabores me cuestas!»

Gertrudis obedeció sin decir una palabra, contenta de que la buena aya no hubiera sospechado la verdad. Si lo hubiera sabido, qué maravillosa historia no inventaría para contársela al conde á su regreso!

La Reina de las Víboras

Había una vez un joven pastor que poseía además del burdo vestido en uso, un flautín y su Matilde, una morena de talle redondo y labios de un rojo de cereza. Él mismo se había hecho el flautín y á la joven había-sela encontrado en el bosque, donde su padre fabricaba carbón. Ambos estaban de acuer- do en que serían alguna vez marido y mu- jer; el viejo carbonero tampoco se oponía á ello y habrían pensado ya en casarse, si no fuese que no tenían otra cosa más que el amor y con solo amor, por quemante que sea, no se cocina la sopa ni se puede festejar el primer bautismo. «Aguardaremos» de- cían, en espera de mejores tiempos.

Estaba un día sentada la bella Matilde cerca del hoyo humeante en que se carbonizaba la leña; su padre removía con la pala los carbones; el novio también se hallaba á su lado, al paso que las ovejas se internaban en el bosque, custodiadas por el perro. Encima de la cabeza de la muchacha estendía su sombra un añoso fresno, de cuyas ramas colgaban racimos escarlata. Ella había recogido unos cuantos frutos y los enartaba en un largo hilo, formando así una magnífica cadena de coral. Vindelino, era el nombre del pastor, miró como la joven ocupaba sus pequeñas manos, admiró sus sonrojadas mejillas, su tersa frente, por fin todas sus bellezas una á una y pensó para sí: «Qué linda es!»

Ahora ya está lista la cadena de perlas. Matilde se la arrolló ciñendo su trenza castaño-oscura y sonreía al amado como una niña feliz. Vindelino se puso de pronto triste. «Ah, Matilde» suspiró «por qué soy tan pobre? Por qué no puedo colocar un anillo de oro en tu dedito ó ceñir tu cuello con una gargantilla de granate?»

«Ya que no puede ser, ten paciencia» le dijo la niña consolándolo. «Estas bellotas carmesí, acaso no son lindas también?»

El pastor no parecía escuchar sus palabras. Miraba el humo que salía del hoyo para remontarse luego en espirales azules por sobre las altas copas de los pinos. «Por qué no quiere la dicha albergarse en mi morada?» dijo con tristeza. «Hay en las monta-

ñas muchos tesoros escondidos ó encantados, pero la dicha sólo sonrío á los tontos, pues cuando llenos de alegría pensamos en cogerla, el oro desaparece millas adentro debajo de la tierra. He pasado en el bosque toda una noche, pero no he visto brillar ninguna llamita azul ni me he llamado fantasma alguno, ni duende alguno me ha conducido á ver un tesoro oscuro en una caverna de piedra».

«Vindelino» dijo con seriedad la joven «no deseas buscar tesoros escondidos ni fuentes encantadas! Con esas tonterías nada bueno se saca.» Y en broma continuó: «Tu puedes de una manera más fácil llegar al disfrute de grandes riquezas, mediante el ciervo de los cuernos de oro, sobre el cual cabalga la Sra. Holle¹ en lo más intrincado del bosque. Todos los años bota su cornamenta el encantado ciervo. Búscala, mi querido Vindelino, que en algún sitio de la montaña tiene que estar escondida este año.»

Como llegara en ese instante el carbonero, oyó las últimas palabras. «Ah! sí» les dijo «con que vosotros deseáis la cornamenta de oro? Es mucho pedir. No quisiérais también una madeja del lino de oro? O si os parece mejor, la coronita de la Reina de las Víboras, que vive bajo el agua de la roca roja? Si algo deseo para mí es la semilla

¹ Una hada. Cuenta la leyenda alemana que la nieve cae cuando la Sra. Holle sacude sus colchones de blandas plumas.

del helecho que nos hace invisibles. Huy! eso sí que sería vida! Ya me parece ver la cara que pondría el dueño de la taberna de Los Osos, cuando todas las noches, sin que él notase, le ayudara á beber su tonelito de vino añejo y le pescara de la olla el chorizo más grande?»

Continuaron conversando largo rato. Se habló también del aspecto misterioso que rodea la selva y el pastor se ponía más pensativo. Otras veces, al despedirse de su novia, tocaba en la flauta un trozo de música; hoy no se le ocurrió eso cuando llegó el momento de decirle adiós. Cabizbajo marchaba delante del rebaño, que se reunía á los ladridos del perro.

Casi se ocultaba ya el disco del sol tras del horizonte y lucientes nubes purpurinas yacían en la cumbre de las montañas, cuando el pastor y sus ovejas llegaron á la salida del bosque. Por delante se extendía una verde pradera partida en dos por un arroyo ancho y de poco fondo. En la otra orilla de la corriente había como una gigantesca loza sepulcral, formada de una sola roca rojiza. Zarzamoras y retamas de amarillo color de oro la rodeaban y de sus grietas pendían musgos y tomillos silvestres. Allí, en ese sitio, moraba la Reina de las Víboras.

Apagada la sed, el pastor y su rebaño vadearon el riachuelo y se encaminaron al pueblo de su residencia, tras la montaña. Quiso, como de costumbre, entretenerse un rato al pie de la piedra roja, pero se quedó como

enclavado al suelo, porque le pareció que algo se movía entre las malezas.

«Si fuera la Reina de las Víboras» pensó, y como alguna vez había oído que á las serpientes les gusta la música de cuerda y los sonidos de las flautas, sacó la suya del saco y comenzó á tocar con dulzura.

Mira, mira! He aquí que de entre la retama se alza la cabeza de una gran culebra blanca, con una coronita de oro resplandeciente.

Asustado, el muchacho dejó de tocar y al punto desapareció la víbora.

Entonces era cierto lo que había dicho el carbonero. Miedoso, retrocedió el pastor y condujo su rebaño por otro camino, haciéndole un gran rodeo á la piedra, hasta que llegó al pueblo.

La Reina de las Víboras, ó mejor dicho, el adorno que llevaba en la cabeza, manteníanlo intranquilo á todas horas. Pero cómo hacerse de tan preciosa alhaja? El viejo herrero del pueblo era un sabio, pues además de comer pan, sabía otras muchas cosas; tal vez algo podría averiguarse con él. Una noche se dirigió á su casa, cuando descansaban el maestro y sus aprendices y le pidió mañosamente un buen consejo para curar una oveja enferma: después de charlar un poco y siempre en el intento que lo traía, acercándose más al herrero, logró hablarle también de la Reina de las Víboras. El viejo maestro sabía explicar con exactitud como se podía obtener la coronita

y le habló á su cliente en estos términos:

«Quien quiera robarle la corona á la Reina de las Víboras no tiene más que situarse delante del hueco en donde vive y extender en el suelo un pañuelo blanco. Viene enseguida la serpiente, deposita la joya en el pañuelo y al punto desaparece. Se trata entonces de cogerla luego y corriendo á todo escape, empeñarse por llegar al agua. Porque tan pronto como la Reina note el robo de su corona, sale silbando en pos del ladrón y si éste no puede salvarse dentro del agua, con seguridad que es hombre perdido. Pero si logra alcanzar con felicidad la otra orilla, entonces no le hará ya nada la serpiente y la coronita le pertenece».

Este fué el relato del herrero y el pastor se lo aprendió al pie de la letra.

Algunos días más tarde estaba la bella hija del carbonero en la puerta de su cabaña, cuando llegó de súbito su amado; corriendo de prisa hacia ella, tiró sobre sus regazos una pequeñita y reluciente corona de oro festoneada y después cayó al suelo como sin vida.

Matilde pidió auxilio. Vino su padre y de un solo vistazo á la joya, supo lo que había acontecido. «Le ha robado su corona á la Reina de las Víboras» dijo. Alzó al desmayado, lo condujo á la cabaña y con toda diligencia se empeñó en volverlo á la vida. Pronto lo consiguió, pero el pobre pasó toda la noche con fiebre y hasta la siguiente mañana no se quedó tranquilo.

Durante el día se repuso por completo y les relató lo acontecido. Por una parte la inquietud y los cuidados rodeaban la cabaña del carbonero, y por otra había entrado la alegría. Allí estaba la joya tan difícilmente adquirida, delante de la novia; y sentados uno cerca del otro, con ambas manos juntas, se complacían en forjar planes para el futuro. Es claro que no guardarían la coronita, era preciso llevarla á la ciudad, á una joyería, mas con el dinero de la venta comprarían ante todo la corona que adornara á la novia, á la bella Matilde y así que hubiera pasado el júbilo de la boda, Vindelino conduciría á su joven esposa á una casita alegre y ella encendería la lumbre en su propio hogar. Oh dicha, oh felicidad!

A la mañana siguiente regresó Vindelino á su pueblo y tuvo la precaución de no pasar cerca de la piedra roja.

La coronita de la Reina tenía doce puntas y doce piedras rojas como la sangre estaban incrustadas en el aro. Una vez que se fué su novio, Matilde la sacó del cofre en donde la había guardado y se la prendió en el cabello. Por cierto que este adorno era más bonito que las acerolas silvestres. Si le hubiera sido posible ver qué bien le caía, de seguro se alegrara, pero en la cabaña no poseían espejo. Cuando deseaba verse la cara trigueña, no tenía otro recurso que irse á la fuente que brotaba del suelo, á poca distancia del horno.

Ahora se ha ido para allá y agachán-

dose sobre la onda límpida, se alegró mucho con el adorno reluciente de su cabeza. «No es cierto que te gusto?» le dijo á una gran rana que estaba sentada á la orilla de la fuente. Y la rana respondiendo «Quack», saltó en el agua y se zambulló para ir á contarles á las otras ranas la maravilla que había visto. Una lagartija verde pasó rozando el ramaje y alzó la cabeza para observar con ojos curiosos á la coronada doncella. Después huyó con presteza á su cámara subterránea para contarle á sus hermanos que había visto una hermosa niña con una coronita en el cabello. Y los azules paros ¹ también venían volando curiosos, y el reyezuelo de ellos, envidioso, mantenía firme y en alto su copete de plumas, ya que no la reluciente alhaja en la cabeza de la joven. Una ardilla curiosa también se escondió detrás de un añoso pino para verla y hasta una comadreja hizo una mueca por entre las yerbas silvestres de la pradera para mirar á la coronada doncella.

Trap, trap, se oye ahora de cerca, quizá sean los ciervos atraídos por el brillo de la joya. Pero no puede ser, venados y ciervos no pisan el suelo guarnecidos de herraduras, deben ser caballos. Por entre los árboles se ven trajes de variados colores y alegres voces de hombres hieren los oídos de la joven. Se apartó de la fuente y quiso correr

¹ Unos pájaros.

hacia su casa, pero ya estaban los caballeros parados delante de la cabaña. Eran unos señores en ricos trajes de caza y señoras en largos vestidos de montar á caballo, jóvenes y bravos halcones, y monteros barbudos y de piel tostada.

La muchacha inclinó la cabeza al saludarlos. El opulento señor, caballero en brioso corcel, era el conde á quien pertenecían aquellas tierras y la dama que estaba á su lado, su joven y bella esposa.

Habiéndole preguntado en donde estaba el camino que conducía á la fuente, Matilde contestó con humildad. En eso, las miradas de la condesa se fijaron en la coronita que adornaba el cabello de la joven y admirada le preguntó: «Dime, querida niña, de donde cogiste tan rara alhaja?»

La muchacha calló perpleja, más el carbonero que había llegado hacía un instante, dió una juiciosa respuesta: «Estimada señora, esa es una vieja herencia, una joya de un botín de guerra que uno de mis antepasados trajo de Italia. Si le gusta, bien puede tomarla».

La condesa hizo que le pasaran la joya y la dama de honor que la acompañaba veía con ojos curiosos la preciosa alhaja.

«Deseo poseer la coronita» dijo la señora, mirando al mismo tiempo tiernamente á su marido.

El se rió y desatando de su faja una pesada bolsa, dijo al carbonero: «Toma esta bolsa de oro por la corona. Oh sencillas gentes.

que no habéis sabido qué tesoro se albergaba en vuestra cabaña!»

Con dos alfileres de plata, la señorita de honor afianzó la corona al gorro de terciopelo de su señora, los ginetes picaron sus caballos con las espuelas, saludaron cariñosamente al carbonero y á su hija y se internaron en la montaña.

Los cazadores pronto dejaron el bosque tras de sí, y ahora se tendía á la vista el ancho valle y la roca roja. El riachuelo perezoso iba formando en su curso, aquí y allá, pantanos y pequeños estanques, visitados amenudo por los patos, garzas y zarcetas. Los halcones pasaron de las manos de los hidalgos á las de las damas y todos los ojos se dirigían á los juncuales sumergidos en el agua. De pronto salió volando hacia el cielo con gran ruido de alas, una hermosa garza blanca. Inmediatamente la condesa se quitó el gorro y altanera dió la orden de vuelo. Gritando subió el halcón á las alturas, hasta quedar flotando sobre la garza. Después bajó y abriendo con suma habilidad el pico amenazante, agarró á la víctima. Largo rato hubo una lucha salvaje en el aire, al fin describieron juntos una línea en semicírculo y cayó la vencida garza con gran ruido de alas en la pradera, muy cerca de la piedra roja.

La condesa fué la primera en llegar á aquel sitio. Con las mejillas encendidas, saltó de la montura para librar la garza de las garras del halcón y para ponerle á éste en el cuello

el anillo de plata con su nombre. Derrepente dió un grito y cayó en tierra.

Corrieron presurosos todos los de su séquito. El conde tomó á su joven esposa entre los brazos y ansioso le preguntó qué le había pasado. Pero ella solo se quejaba señalando el pie. El conde se inclinó para ver y notó que una gota de sangre le había manchado la media de seda. «Te has punzado con alguna espina», dijo sonriendo, «eso tiene poca importancia». Entretanto, la señora se quejaba más bajito, sus sienes comenzaban á latir con fuerza y la cara se le ponía tan pálida como la de una muerta. El asustado conde impartió sus órdenes.

Dos cazadores á caballo salieron á toda prisa en busca del médico y él mismo envolvió en su capa á la febril señora, la subió consigo á la montura, y á rienda suelta, seguido de los suyos, corrió al pueblo más cercano. Allí colocó á la enferma en un amplio lecho y esperó ansioso la llegada de los médicos.

El mal se empeoraba más y más de hora en hora. El viejo herrero, á quien habían llamado para que diera su opinión, miró la herida y balanceando la cabeza declaró que no era aquella la punzada de una espina sino más bien la mordedura de una serpiente venenosa. De la misma opinión fueron los médicos que acababan de llegar. Hablaron en latín, se encogieron de hombros, é hicieron con pomadas y bebedizos todo lo que su arte les prescribía. Pero con

todo eso no se notaba ninguna mejoría. La enferma se puso cada vez más debil y cuando el lucero de la tarde se asomó por encima de los árboles del bosque, yacía sin conocimiento en el lecho del dolor. Afuera, junto á la puerta, la muerte esperaba.

Mientras tanto, Vindelino el pastor conducía su rebaño al pueblo. Matilde le refirió que la condesa había comprado la coronita de la serpiente, contaron después las monedas de oro y luego charlaron largo rato del modo como las emplearían. Ahora capitaneaba placentero el grupo de ovejas y se le antojó tocar una piecita en su flauta.

De pronto le faltó el aliento y los pelos se le pusieron de punta. A la vista, en la maleza, estaba arrollada la Reina de las Víboras, en alto la cabeza sin corona y moviendo la lengua.

«Detente ó eres muerto!» dijo la serpiente y el pobre se detuvo apoyando las manos temblorosas en el cayado.

«Oye, zagal, lo que te digo» continuó. «La dama que porta mi corona está sentenciada á muerte; yo la mordí en el pie. Pero conozco la hierba que puede salvarla. Sígueme, quiero mostrártela».

La serpiente se deslizó por entre el césped y el pastor la siguió con el corazón palpitante. La víbora se detuvo en la roca roja. Cortó unas hierbas y se las dió al muchacho. Era una plantita fina y delicada, que se parecía á la lengua partida de las serpientes.

«Apresúrate ahora» le dijo la culebra, á llegar lo más pronto que puedas al pueblo en donde está la enferma, ponle unas cuantas gotas del jugo de esta planta en la herida y de este modo sanará. En cambio, pido que me traigas mi coronita. Debes jurármelo.»

Tembloroso juró el zagal lo que la víbora le exigía, é inmediatamente se trasladó al pueblo y se hizo conducir ante la enferma.

Aún viva, apenas se le oía la respiración. A su derecha estaba sentado el conde con la cara oculta entre las manos; á su izquierda el cura murmuraba unas oraciones.

«Prueba tu habilidad» dijo el conde al pastor «si la llegas á curar, te haré rico».

Entonces el pastor elevó una oración al Cielo y esprimió en la herida algunas gotas del jugo de la planta. Casi al minuto la enferma abrió los ojos y respiró con más facilidad. Después levantó su linda cabeza de la almohada, mirando á su esposo con miradas de ternura y cedió la fiebre desde aquel momento y al despuntar el alba ya estaban tan rosadas como antes las mejillas de la condesa y todo peligro había desaparecido.

Con todo gusto le dió la coronita al zagal que la había curado y éste, fiel á su juramento, la llevó enseguida á la roca roja, cerca del agua, donde la recibió la Reina de las Víboras.

También el conde cumplió su palabra, dotó al salvador de su esposa, con una magnífica granja, que muy pronto convirtió en su morada la dueña Matilde.

No he podido saber si todavía vive la Reina de las Víboras debajo de la roca roja, ni tampoco si porta la coronita. Sin embargo, la granja que el conde obsequió al pastor sí existe hoy y se llama «La Quinta de la Serpiente.»



Editor: — J. GARCÍA MONJE

APARTADO 533



SAN JOSÉ, C. R.

Publicaciones en obsequio

A la luz de una Sombra, de Andrés Chabrión.
Buenos Aires.—1911.

Volveremos á leer este libro del extraño poeta argentino. Hay en la expresión de los versos, en la manera de pensar y en la de sentir la presencia de los hombres y las cosas, algo que secretamente seduce.

Horas Fugaces, de Felipe Valderrama. Edición del *Mes Literario*, importante revista de Coro. Venezuela.

En esta serie de poemas tan sentidos, el autor, un poeta de verdad, ha puesto su comprensión melancólica de los paisajes, las calles, las cosas.... Hemos leído con particular deleite la primera parte: *Crepusculares*, á nuestro juicio la mejor del librito.

Vida interna, de Ernesto A. Guzmán. Santiago de Chile.—1909.

Libro selecto, de análisis, de pensamiento. El poema *Nubes de Congoja* es desgarrador. En la RECOLECCIÓN hay paisajes admirables como el de *La Siega* y las meditaciones del poeta sobre la perrita que observa á los gavilladores; sobre los emparvadores; la meditación de los bueyes, la trilla, etc. Este Guzmán recuerda mucho al extraño poeta argentino Almafuerte.

Chile Heroico, de Samuel A. Lillo. Santiago de Chile.—1911.

Es un libro digno del glorioso título que lleva; es un conjunto de fragmentos épicos, superiores algunos de ellos. Entusiasman los titulados *Chacabuco*, *Rancagua* y *La Montonera*. *Los Conspiradores* enternecen; *Ercilla* también. *El Paso de los Andes* es un canto perfectamente sublime.

Maldonado, Mejía, Montalvo... (Motivos Nacionales), de Alejandro Andrade Coello. Imprenta y Encuadernación Nacionales. Quito. Ecuador.—1911.

Una obra que se lee con gusto, llena de curiosas y útiles informaciones sobre hombres y sucesos importantes del Ecuador. Como esta obra debieran escribirse más en América, porque facilitan el conocimiento de estos países tan ignorados entre sí.

A los distinguidos Autores de las obras antes citadas, les damos las gracias por sus valiosos obsequios.

Si este Epítome

le agrada, tenga la bondad de recomendarlo á sus amigos y si sabe de alguno que quisiera obtener un ejemplar, escríbame luego y á vuelta de correo se lo mandaré. Vale **¢ 0.20**, que pueden pagarse en estampillas sin sellar de **5 ó 10** céntimos.